

*Breve semblanza de los autores aquí reunidos*

I. **Andrés Soler**

Poco puedo decir del desconocido poeta y militar Andrés Soler, cuyo cuaderno de poesías manuscritas vino a caer en mis manos tras salir a subasta un día de invierno de 2023. Puedo, al menos, lo que su anterior propietario tuvo a bien consignar en lápiz en la emmohecida página de cortesía: que pasó parte de su vida en León, que hizo buenas migas con el general carlista Marcelino Orúa y que sus primas se llamaban Asunción y Carolina. Según está indicado al pie de varias páginas, algunos de sus poemas aparecieron en diversos periódicos de pelaje progresista: *El clamor público*, *El eco del comercio* y *El heraldo*. El 15 de septiembre de 1847, aparece uno de ellos en *El clamor público*, donde se lee: «El señor don Andrés Soler nos remite para su inserción el siguiente soneto que con el título de *Porvenir a la hermosura* dedica a su amigo don Luis Díaz y Montes» (figura 1 y 2).

Nada más hay sobre su vida u obra en la estricta superficie de la red. Sólo rebuscando en los anaqueles virtuales de la hemeroteca digital de la *BNE* he logrado dar con un par de apuntes más, de los muchos que, seguramente, haya esparcidos por periódicos de la época o quién sabe qué ignotos volúmenes. El 6 de diciembre de 1850, se informa en *El clamor público* de que «El Diario de la Marina anuncia la llegada á aquella ciudad, á bordo de la fragata *Hermosa Valenciana*, procedente de Cádiz, del señor don Andrés Soler, nombrado por S. M. comandante del real cuerpo de carabineros de la provincia de la Habana» (figura 3). Lo cual me induce a pensar que esta otra noticia, fechada el 10 de enero de 1851, se refiere al óbito de la misma persona: «Dicen que el señor Paz y Membiela ha sido nombrado jefe de carabineros de la Habana por muerte del señor Soler» (figura 4). De modo que podemos columbrar cuándo exhaló el último suspiro, pero no cuándo soltó el primer vagido. Y eso si no me equivoco creyendo que el «señor don Andrés Soler» y el «señor Soler» son el mismo individuo. Hasta aquí su semblanza.

Soler pertenece al tropel de románticos afectados que hacen de una rima efectista y campanuda el orgullo de su ingenio. La mayor parte de su poesía es meliflua pero vivísima, sencilla pero graciosa, y se despliega con cierta elegancia entre los márgenes estrechos de un lenguaje contenido y poco arriesgado, propio de la vigilancia a la que la Iglesia española sometía entonces la creatividad literaria. A menudo, las ideas que pone en juego parecen anunciar un reventón de sentimiento que no llega nunca. *Melancolía*, el poema que os ofrezco aquí, es ejemplo palmario de ello.

## 2. Juan Bautista Arriaza

Del palatino Arriaza hay mucho escrito, ya que ha pasado a la historia como poeta solvente y dotado de cierto ingenio, pese a que no pocos hayan hecho hincapié en el desaliño de su elocución. En cualquier caso, mereció el respeto del mayor triturador de literatos patrios, Antonio Alcalá Galiano, lo cual no es poco decir. Por lo general, hoy se lo recuerda por haber inspirado, con su oda *Profecía del Pirineo* (1808), el famosísimo cuadro de Goya titulado *El coloso*, cuya autoría, sin embargo, no está del todo esclarecida. Para un mejor conocimiento de su biografía, remito a la obra de Fernando Marcos Álvarez *Don Juan Bautista de Arriaza y Superviela. Marino, poeta y diplomático. 1770-1837*, donde están recogidos los principales avatares de la vida de este adicto fernandino. De su producción, suelen destacarse sus composiciones patrióticas, por lo que es dudoso que, si la situación no muda, puedan los pesimistas llegar a hacerse eco de sus virtudes. Por eso os ofrezco un poema radicalmente distinto de las arengas fervorosas, titulado *La cavilación solitaria*, que extraigo del segundo tomo de sus *Poesías líricas*, editado en 1822. En él, Arriaza despliega todo un muestrario de dicterios, invectivas y lamentos relativos a la condición humana, que él considera, en vista de su tendencia aniquiladora, ruin y abominable.

Aunque su maledicencia se inscribe en el ambiente prerromántico del estudiadísimo fastidio universal melendeciano, creo justificada su inclusión aquí porque raya en una poética misántropa afín al universo pesimista. Si asumimos que los versos de un Cabanyes o de un Bécquer no nacen únicamente de una esperanza truncada, sino que revelan algo esencial sobre la condición humana y lo que puede esperarse de ella, no veo razones para que no se piense lo mismo de Arriaza.

## 3. Juan Antonio Pagés

Pagés es un poeta romántico poco conocido. Aunque murió a mediados del siglo XIX, lo descubrió para el público, en la década de los 80 del siglo pasado, el hispanista estadounidense Russell P. Sebold. En lo tocante al conocimiento de su vida, si no me equivoco, sólo disponemos como fuente el capítulo biográfico que sus familiares y amigos le escribieron en el volumen póstumo, publicado en 1852, que recoge todas sus poesías y textos literarios. Nunca fue reeditado, y de ahí que nadie hoy se acuerde de él ni que los manuales de poesías cuenten con su participación. En dicho volumen, se cuenta que nació en San Juan de Vilasar, a un tiro de piedra de Mataró, el 17 de enero de 1825. Parece que

fue un aventajado alumno de matemáticas y latín, y que muy pronto logró una plaza de escribiente en la universidad. Al cabo, ya adolescente, y como se nos dice en la biografía, encontró un *alma hermana*, es decir, un amigo muy cercano a su corazón, de quien, cabe leer entre líneas, cayó enamorado. Sin embargo, este amigo suyo no era sólo un alma hermana, sino también un alma encerrada en un cuerpo reventado por la tisis. Por lo que parece, sus alusiones constantes a un suicidio liberador hicieron sufrir muchísimo a Pagés, quien a estas amenazas opuso siempre el consuelo de la esperanza de ultratumba, remedio, pese a todo, no muy efectivo. Junto a un tercer amigo, que vino a unírseles en medio del trance amoroso, fundaron una revista llamada *Mariposa*, donde pudieron arrojar luz alegórica sobre su real pero prohibido enamoramiento. En cuestión de pocos meses, Pagés tuvo que sufrir la muerte repentina de ambos amigos, y quedó sumido en una depresión irreversible. Fue entonces cuando quiso suplir su falta de alegría con la rectitud de los estudios filosóficos. A esta ocupación se deben los textos relativos al libre albedrío y a la obra de Calderón de la Barca, así como el desvelamiento de una amarga verdad que convierte en su propio emblema: que el *asesino del hombre es el entendimiento*. Para comprender el estado de su alma en aquel entonces, transcribo seguidamente un pasaje de su biografía:

Sale al campo para buscar en la naturaleza sus secretos que dan la vida, y quiere apurar todos los medios para restituirse la salud, hasta fingiendo cierto lo ilusorio. Una enfermedad profunda, una tisis de pensamiento, había obrado sobre la materia; sus leyes severas determinaban ya el destino del infeliz; en su fatídico tribunal le condenaron a muerte: los principales caracteres de la enfermedad eran desconocidos hasta de sus amigos; su última página. Dios la tenía en los cielos cubierta con su mano.

La principal señal del amargo deterioro en su salud, se revela por la inconstancia que sufre, aparente a lo menos, su alma que en esta última época de vida se da a cada paso razón de lo que siente; ya se entristece, ya se alegra en pocos momentos presentándose quizás incomprensible a los que no veían la muerte y la vida luchando en su vista. Un trozo de una de sus últimas cartas probará lo que acabamos de decir: «Sigo sin novedad a menos que sea para mejor. Voy ganando sensiblemente. La revolución que se opera en mi carácter es seria y profunda... Conozco bien, muy bien la enfermedad por que he pasado: ha sido puramente moral. La lepra del pensamiento llegó a

contaminar el tronco vital de los sentimientos, el sentimiento de la existencia. ¡Oh qué terribles males son estos! Un espíritu cavando continuamente la materia podrida por el alma: el tedio, el cansancio, el horror a todo alimento, el vacío, la nada. No puede ser completa la curación, no; cuando se ha sufrido y padecido tanto. Pero puede haberla por una reacción espontánea del mismo sentimiento en su postración letárgica. Una idea consoladora, hija de la misma imaginación hubiera podido refrescarlo, rejuvenecerlo, animarlo, florecerlo. La raíz del mal se hubiera hecho entonces raíz del bien. Ahora no. Del mal mismo ha salido un paliativo, sí, paliativo pero eficaz: la resolución del vivir. No obstante contentémonos con lo que Dios nos otorga aun sin merecerlo, sin el mérito a veces ni siquiera de la oración. Dios es bueno: su bondad es su esencia».

La posible privación de *pensar* era otro de los principales remedios que le señalaba la medicina: era imposible cediera a su voluntad a exigencia para él muy difícil de cumplir; así es que si bien piensa practicarlo algunas veces, cede otras a la fuerza de discusión que siempre bullía en su cerebro: aprovecha la menor ocasión que se le presenta y se desahoga en otra de sus cartas de esta manera: «los pocos renglones que últimamente pones al pie de la carta de nuestro amigo, están impregnados de una tristeza irritada: ahora me ha llegado la vez de dedicarte dos consideraciones. Quien siente más de lo que reflexiona sufre y goza muy poco: muere según sea su sentir. Quien reflexiona más de lo que siente, sufre pero goza: jamás muere de enfermedad moral: bien que la totalidad de tus sentimientos te dirige naturalmente a una vida de reflexión y no de sentimiento, podría este predominar algún día: y ¡ay de ti entonces! Te pasaría lo que a mí me ha pasado: cruzarías como yo esos períodos de lucha, angustia y rabia que llaman crisis. Dios no lo quiera: porque ni tú puedes figurarte lo que he sufrido. Ahora empero que la reflexión me amenaza con su severo régimen, y me inclino a la aspiración indirecta, al bien supremo por medio de una vida como la de los demás, ahora puedo aconsejarte y lo debo hacer con mayor ahínco. Reduce todo tu pensamiento a tu existencia actual: no *medites*, no *imagines*. nada, vive. Una vez aferrado al punto de apoyo profundo del bienestar, de la existencia, te irás desarrollando tú mismo por el secreto resorte de tu misma naturaleza y te verás a ti mismo como un rico panorama

que otro te presentará ante tu vista. Tengo por pérdida lo que otros llamarán ventaja: pero consiento en perder con tal que pueda vivir; y viviendo tendré el mundo que me forjé en mis momentos de *secreta alegría*, y corriendo en el mundo tras el deseo de mi pobre alma, no hallaría la ilusión en mi interior; al huir del dolor que en torno mío se levantaría. Abandone yo mis pretensiones, todas absolutamente, y seré feliz: así lo haré. Vivamos.»<sup>91</sup>

Dos meses después de estas dos cartas en que Pagés exhorta cariñosamente a su amigo a vivir sin condiciones, se clava un puñal en el corazón y es devorado por una tumba hambrienta. Evoco aquí los versos del poema que en nada y menos podréis leer: «¿Y qué hay más allá, Dios mío? / muerto el humano atavío / queda un secreto sombrío / oh justo Dios, más allá? / qué es, Señor; este secreto? / yo tu misterio respeto / mas leo en el esqueleto / que muy terrible será».

Mas leo en el esqueleto que muy terrible será.

Conmueve contemplar tamaño fracaso en una inteligencia que, si bien tardíamente, había sabido atisbar cuáles eran los males que buscaban su ruina. ¿No me concederá el lector que hay en Pagés, y más concretamente, en estas carta sublimes, un misterio fascinante del que deberían hacerse lenguas la literatura, el teatro, la filosofía y, en último término, todo espíritu receptivo a las contradicciones productivas que encarnan, en número siempre escaso, individuos tan extraordinarios? Os animo a leer a este magnífico heterodoxo que todavía duerme el sueño de los justos. Y aunque su tiempo tal vez no llegue nunca, pues ya no es tiempo de libros viejos ni de románticas conspiraciones, quien *viva en conversación con este difunto* no volverá a sentirse solo en las tristezas ni en las ansiedades.

JOSÉ CARLOS IBARRA CUCHILLO

---

<sup>91</sup> Juan Antonio Pagés. *Poesías y escritos literarios y filosóficos*. 1852. pp. 30-31.



## Melancolía

Andrés Soler

Dejadme, sombras fantásticas  
Que al tenue albor de la luna  
Cante mi adversa fortuna  
Con endecha funeral.

Déjame, turba quimérica  
Que el hado iracundo y fiero  
Me lleve al feral sendero  
Del recinto sepulcral.

Dejad que agoste mis lágrimas  
Por esa ilusión mentida  
Que entre la niebla perdida  
Su ficción se resbaló.

Dejad que en tristeza lúgubre  
Querellas exhale al viento  
Y rinda el postrer aliento  
Quien la dicha no encontró.

Y la luna por intervalos  
Esconde su faz de plata  
Y entre celajes retrata  
Su macilento fulgor.

¿Por qué, misteriosa y tímida,  
 Señora de las estrellas  
 Envuelves tus formas bellas  
 Y ocultas tu resplandor?

Si mi destino recóndito  
 Torva noche hija del caos  
 Lo cubres entre los vahos  
 De tu densa oscuridad.

Venid, vampiros hidrópicos  
 Y libad mi sangre inerte  
 Y en alas venga la muerte  
 De la ronca tempestad.

## La cabilación solitaria

Juan Bautista Arriaza

[Este poema fue compuesto durante un paseo solitario del Autor en los hermosos jardines de Madrid que tienen el nombre de Buen-retiro, y al margen del magnífico estanque o lago que se dilata en medio de ellos. Allí por la ilusión que le origina al Poeta el reflejo de los cielos en el agua, se imagina como en el aire, y cree sentirse arrebatado hacia la luna por la atracción de aquel cuerpo celeste; desde el cual descubrimiento a la tierra reflexiona y declama sobre la continua agitación en que mantienen nuestra vida las pasiones humanas, y con especialidad la desenfadada ambición de un hombre solo].

De los bellos placeres el más puro,  
 De todos los consuelos el más grato,  
 No para el corazón perverso y duro,



Mas para el dulce y de inocente trato,  
 Eres tú ¡o soledad! En el Retiro  
 Ayer mis penas suspirando anduve,  
 Y nadie se burlaba del suspiro.  
 El azulado velo de zafiro  
 Se desplegaba en el sereno cielo,  
 Solo la leve gasa de una nube  
 Transparentaba el azulado velo.  
 Majestuosamente el dios de Delo  
 Sus postrimeros rayos recogía:  
 Y aquel final tristísimo del día,  
 Los primeros anuncios de la noche,  
 El triunfo de las tímidas estrellas,  
 El confuso rumor del numeroso  
 Pueblo que desde lejos resonaba,  
 Todo a meditación me convidaba.

Triste de aquel que a solas se desmaya  
 Cuando no ve a su lado al importuno;  
 Cuya melancolía no se explaya  
 En andar repasando uno por uno  
 ¡Los objetos queridos a su idea!  
 Así gozaba yo, cual se recrea  
 El fatigado ciervo, que seguro  
 Veloz burlando a los tenaces perros,  
 Respira encima de los altos cerros  
 Con anhelante boca el aire puro.

Con paso incierto y pensamiento vago  
 A la margen llegué del ancho lago  
 Que el zéfiro halagaba con molicie  
 Sin rizar la serena superficie.  
 Al peso de mis graves pensamientos  
 Rendida mi cabeza,

Y el alma entre crueles sentimientos  
Colmada de tristeza,  
El pecho recliné sobre el herrado  
Balaustre que abortó la ardiente fragua  
Para marcar la esclavitud del agua.  
Allí observando el cristalino espejo  
Vi de la Luna el pálido reflejo  
Mas luminosa al paso  
Que se iba hundiendo el Sol en el Ocaso.  
Que es la Luna en su brillo intermitente  
Símil de una belleza enamorada,  
Que de día a los ojos de la gente  
Se muestra pesarosa y desmayada;  
Pero apenas cubriendo el Sol la frente  
Da lugar a la noche deseada,  
Sus gracias todas brillan al instante  
A los queridos ojos de su amante.

Así en aquellas horas difundía  
Resplandor tan benigno y halagüeño,  
Que las penas del alma adormecía.  
Bañadas en balsámico beleño.  
De la bóveda azul la Láctea vía  
Bajar al lago en mi embeleso miro,  
Y por bajo del agua hacer su giro;  
Y por bajo del agua los luceros  
Al cielo dar brillantes reverberos;  
Y por bajo del agua las estrellas  
Trémulas repetir sus luces bellas.  
Y así con tal viveza retratado,  
El agua redoblaba el firmamento  
Bajo mis pies, que me juzgué en el viento  
Desde el suelo lanzado.  
En el Éter me vi. Creedme, o Genios,

Que franquear sabéis la estrecha esfera  
De los torpes sentidos:  
Los que sabéis imaginar creedme.

Nuestro mísero globo envuelto en niebla  
Se iba ya anonadando en el cotejo  
De tanta masa colosal que puebla  
La inmensidad. Extático me alejo  
De la terrena atmósfera, dejando  
Confundidos en ella los clamores  
De la paciente humanidad; las vanas  
Quejas del infeliz a quien natura  
Dio sensibilidad y desventura;  
El grito audaz del prepotente ávaro;  
Los llorosos vagidos  
Que el naciente mortal tributa al mundo;  
Los ayes del doliente moribundo;  
El trueno de la guerra  
Que del bronce arrojado al cielo sube,  
Y el que desde la nube  
Pone bramando el turbación la tierra.

Hondos bajo mis pies los aquilones  
Vagaban sin aliento,  
En tanto que con raudo movimiento  
Iba mi cuerpo hendiendo la corriente  
De la atracción lunar: el refulgente  
Disco del gran satélite crecía:  
Yo leve caigo, y llego en el momento  
En que ya el Sol le despertaba al día.

Un verde prado en su florida alfombra,  
Un fresco arroyo a su sonante orilla,  
Y árboles mil me hospedan a su sombra.

¡Cuánto fue mi deleite y maravilla  
Al ver la Luna que aparece al mundo  
Melancólica siempre y amarilla,  
Toda cubierta de verdor fecundo,  
Poblada toda de olorosas flores,  
Acariciada de airecillos suaves,  
Y albergue dulce de amorosas aves!  
Como mi vista se perdió en el llano  
Sin encontrar ni surcos ni labores,  
Ni chozas de pastores,  
Ni huella alguna de trabajo humano,  
Dije exclamando: «¡Al menos  
Si estos valles amenos  
Rebosan de verdura, si este prado  
En tantos frutos óptimos abunda,  
El rocío del Alba le fecunda,  
Y no el sudor de un pobre desgraciado!»  
Un sentimiento, entonces, de temura  
Arrebató mis ojos a los cielos,  
Y ¡oh Dios eterno! en su espaciosa anchura  
Por do girando van con raudos vuelos  
Tantos orbes de luz, nunca mi mente  
Llenó de admiración cometa ardiente,  
O al necio vulgo infausto meteoro,  
Como el aspecto nuevo  
De un astro hermoso a quien hiriendo Febo  
Once veces su rueda de topacio  
El lleno de la Luna contendría,  
Y relumbrando en el celeste espacio  
Al gran broquel de Marte parecía.  
El soberbio fenómeno ignorado  
Me suspendió un momento  
De admiración y júbilo exaltado:  
Mas no sé cómo luego poco a poco

Mientras lo estaba contemplando atento  
 El corazón de pena se me cierra:  
 Me hallé infeliz, y conocí la Tierra.

«Sí, yo te conocí, triste planeta,  
 Destierro de los hombres, ¡oh morada  
 Del duelo y turbación! Donde negada  
 Por siempre fue felicidad completa»  
 Te vi, y temblé cual tímida paloma,  
 Que pavorosa ve desde su nido  
 El fiero halcón, cuando en el aire asoma  
 Sobre las negras alas sostenido.  
 Tu presencia el consuelo me acibara  
 De verme libre y sólo acá en la Luna,  
 Y la distancia inmensa  
 Que de ti me separa

Tiemblo que en un momento se reúna.  
 Entre el negro vapor que se condensa  
 Alrededor de ti, veo volando  
 El ominoso bando  
 De horrendas Furias del Error secuaces,  
 Cuyas miradas de furor voraces  
 Registran sin cesar mares y tierras,  
 Y encienden sin piedad odios y guerras.

De allá te infunde ¡oh Globo turbulento!  
 Su soplo abrasador la Ambición fiera,  
 Que a tantos pueblos priva del contento  
 Cuando de un solo pecho se apodera.  
 La Calumnia de allí vierte la saña  
 Que a la virtud persigue sin amparo,  
 Y el solo aliento de su boca empaña  
 De una inocente vida el lustre claro.  
 Pálida, consumida y macilenta

La vil perseguidora de los sabios,  
La Envidia, digo, allá se me presenta  
Con los dientes mordiéndose los labios.  
Enmascarada allí la Hipocresía  
Virtudes miente, y de las leyes habla  
Para perder al náufrago en la tabla  
Con que salvarle del Error fingía;  
Allí los celos con puñal en mano,  
Bañando en sangre los amantes pechos,  
Y privando de amor los castos lechos.  
Y la Discordia, en fin, monstruo nefando,  
Con los ojos clavados en el oro  
Que el sórdido Interés le va enseñando,  
Con ronca voz y látigo sonoro  
Las negras Furias de su carro hostiga,  
Y derramando muerte, incendio y robo  
Alrededor del Globo  
Volando va la bárbara cuadriga.

Sangre y desolación son los efectos  
Que te produce, oh Mundo, la alta gloria  
De dar vida a los seres más perfectos.  
La especie que con tanta vanagloria  
Lleva en su frente escrito el privilegio  
De origen celestial. — con aire regio  
Mira, obsérvale allí, cual se pasea  
Por aquel verde prado  
En hondos pensamientos abismado  
El Hombre; mírale cual señorea  
Por la etérea región su frente altiva,  
Parece que del Cielo se deriva  
La alta meditación que le embelesa,  
Y que el murmúreo de los aires cesa,  
Y que el susurro de las aguas calma,

Y el movimiento que del orbe es alma  
 Se queda en suspensión, como esperando  
 El noble efecto del pensar profundo  
 Del monarca del mundo.

Como los ojos vuelve tan serenos  
 Parece que benigna abre sus senos  
 Naturaleza, y da al humano imperio  
 De su fecundidad todo el misterio.  
 ¡Qué creación tan nueva de placeres  
 Saldrá de su pensar! ¡De cuántos seres  
 Hará feliz y larga la existencia  
 Con su divina ciencia!...

Mas ¡oh prodigio! ¿Dónde está? ¿Qué es hecho?

Rápida exhalación que brilla y huye  
 Desapareció: ¿dónde hallarán los ojos  
 Al Ente pensador! —Sigue esos rojos  
 Rastros de sangre, esas horribles huellas  
 Que su fuga selló: mira por ellas  
 Centellar los reflejos

De un fuego abrasador: oye a lo lejos  
 Cual atruena el recinto

Triste rumor ya sordo, ya distinto,  
 Ecos de asolación, voces de ira,  
 Clamores del que yace y del que expira.

Veloz, cual ciervo, y más feroz que tigre  
 Esa senda se abrió; la dulce calma  
 De su semblante era anhelar la palma  
 De destructor; el éxtasis sublime  
 De su razón la humanidad lo gime.

Mordió su corazón la ambición fiera.  
 Mira a uno y otro lado en la carrera  
 Por do volaba insano  
 En busca del laurel más inhumano,

De la aniquilación anticipada  
 La ley común, y al filo de la espada  
 Con prematura suerte  
 Extendido el imperio de la muerte.  
 Tiemblan, vacilan, caen por todas partes  
 Los altos monumentos de las artes,  
 Y él los pisa feroz: de cada paso  
 Nace un nuevo fracaso,  
 Y de cada mirada un parricidio:  
 El terror y el pavor héroe le aclaman,  
 Y la orfandad y la viudez le infaman.

Si este es el Hombre cuando en fin grandioso  
 Fama inmortal de vencedor pretende,  
 Cuando hace de su vida el generoso  
 Sacrificio, los riesgos afrontando  
 Con que Natura su igualdad defiende:  
 ¡Qué, cuando a sangre fría vil tirano  
 Escala el solio, y de la regia mano  
 El freno de las leyes arrebató!  
 ¡Qué, si con duro pie pisa y maltrata  
 El cuello de las gentes que esclaviza!  
 ¡Qué, si se ensalza! ¡Qué, si se entroniza!  
 Oh Tierra, mientras corro ahogado en pena  
 Un velo de dolor sobre esta escena,  
 Dime: ¿y este es el Hombre, el ente bueno  
 Que predilecto abrigas en tu seno!  
 ¿Por este, en primavera, tan hermosa,  
 Tan florida te ostentas?  
 ¿Por este, en el verano, armoniosa  
 De tantas aves el amor fomentas!  
 ¿En otoño por ese te despojas  
 De dulces frutos y de alegres hojas?  
 ¿Y por él, en invierno, al silbo horrendo



Del lóbrego Aquilón te vas cubriendo  
De escarcha y nieve, y el llover te inunda  
Para serle después madre fecunda!

¡Pero cuándo no ve el fatal destino  
A la beneficencia haciendo ingratos!

De tu atmósfera el aire cristalino,  
Tus inmensas llanuras, tus frondosas  
Selvas que esquivan los humanos tratos,  
Y hasta el profundo seno de tus mares  
Desde que el Sol en círculo diurno  
Los ilumina todos a su turno;  
Todos de criaturas a millares  
Poblados viven, todos son testigos  
De su fraternidad, su paz amable,  
Y del plácido amor dulces abrigos.  
Sólo la especie humana miserable  
Fomenta sin cesar falsos amigos,  
Usurpadores, viles egoístas,  
Y cuantos hombres, tantos enemigos.  
¿Quién pues conocerá sin que se asombre  
Por justo rey del universo al hombre!  
Que si de un Dios la racional centella  
Sobre los otros seres le hace digno,  
Él la tuerce, la ofusca, abusa de ella,  
Y sobre todos es siempre maligno.

Huye pues, húndete, piérdete luego  
En el seno profundo  
Del espacio sin fin, piérdete, oh Mundo,  
Abrumado de crímenes: la inmensa  
Distancia oponga una muralla densa  
Entre tu globo y mi vivir cansado:

Harto tiempo mis ojos han regado  
Con lágrimas tu suelo,  
Sin que jamás pudiese por consuelo  
Llamar mío un terrón tan sólo en cuanto  
Bañaba pobremente mi llanto.  
Huye pues, o si no la ley potente  
Que al iluminar del día te encadena,  
Y en torno de él tu movimiento ordena,  
Desfallecerse sientas; obediente  
Cedas a su atracción; y derrocada  
Caigas en el volcánico torrente  
De su masa inflamada.

Tal vez el Sol, el noble Sol acaso  
Que contempló en Oriente tus maldades  
Por tan largas edades,  
Tal vez el Sol que las lloró en Ocaso,  
No brillará menos luciente y terso,  
Si en tus cenizas venga al Universo.

Mi enérgico dolor a la terrestre  
Esfera en tales voces se exhalaba,  
Y de la Luna aquel lugar silvestre  
En silencio parece me escuchaba  
Con religioso espanto:  
Tal vez aquellos solitarios huecos  
A sus felices ecos  
Jamás oyeron revocando llanto.

Entonces ya mi ardiente fantasía  
De una ilusión en otra andaba errante:  
Pensaba ver que a la plegaria mía  
Se iba envolviendo en un vapor obscuro  
La imagen de la tierra antes brillante.

Y que en la inmensidad del éter puro,  
 Como en profundo vértigo abismado,  
     Iban a aniquilarse confundidos  
 Tierras, Mates, Repúblicas, Imperios,  
     Pirámides excelsas amasadas  
 En llanto, en sangre y en sudor de esclavos:  
     Páramos lastimosos de indigencia  
 Alrededor de un punto de opulencia:  
     Y todos los padrones insolentes  
     De la desigualdad de los vivientes.  
     Ya el soberbio conjunto  
         Del ámbito del obre  
     Era a mi vista un punto  
     Que el infinito del espacio absorbe.  
 Contemplábalo yo: mas no insensible,  
     Que de la Humanidad el triste grito  
     En medio a la catástrofe terrible  
     Hendiendo el aire a mis oídos llega:  
     Y crueldad jamás fue mi delito.  
 La tierna voz de la amistad que ruega,  
 Y en vano ruega, resonó en mi pecho,  
     A cuyo amparo el corazón deshecho  
     Volar ansiaba, ¡ay desgraciado intento!  
 Que entonces mismo ¡oh blando amor! Tu acento  
     De imperiosa dulzura,  
     Aquel a quien no hay ser, no criatura  
     Que desconozca, y de deleite llena  
     Tu ley no siga, y tu poder no adore;  
     Tu voz, Amor, saliendo lastimosa  
         De aquella boca hermosa,  
         Órgano de placeres,  
     Que un tiempo se glorió llamarse mía,  
     Y por quien algún día  
     Yo me juzgué el primero de los seres,

Porque ella me juró que me quería;  
La voz de Silvia flébil y doliente,  
La voz de Silvia ¡ay Dios! sonó en mi mente,  
Y al punto el gran dolor con mano acerba  
El corazón me asalta y el valor me enerva,  
Que por volar en pos de Silvia gime.

Cual suele el sueño, atribulando el lecho  
De algún mortal, fingirle estar delante  
De un enorme león, que centelleante  
La corva garra le presenta al pecho,  
Que ni a gemir ni a guarecerse acierta,  
Abrumado el peso y la congoja,  
Y al fin del lecho el infeliz se arroja,  
Y entre sudor y convulsión despierta:  
Tal me vi yo, cuando la angustia extrema,  
La conmoción de Amor súbitamente  
Disipó los errores de mi mente;  
Y la primera luz que en tal momento  
De la razón la antorcha luminosa  
Prestó a mi corazón, fue el pensamiento  
De que por más que injusta y rigurosa  
Persiga la desgracia a los mortales,  
«La amistad y el Amor son dos consuelos  
Que nos dispensa en medio de los males  
La benigna influencia de los Cielos.»  
Mas ¡ay! que viendo luego cuan avara  
De mi mejor amigo,  
De mi dulce Mauricio me separa  
La valla de los altos Pirineos,  
Y de perfidia amada la belleza;  
Sin esperanza, y casi sin deseos,  
Me quedé abandonado a la tristeza.

## Las campanas

Juan Antonio Pagés

Es terrible escuchar de un campanario  
el bronce funeral que se voltea,  
y en cementerio umbrío y solitario  
triste es un son que cae funerario  
roto en mil voces que la brisa orea.

Es terrible por Dios el bronce lúgubre  
cuando llorón sus notas modulando  
lanza un quejido prolongado y hueco  
que halla en los templos solitario eco  
encima de las bóvedas pasando.

Terrible es meditar junto a una torre  
coronada por trémula campana,  
mientras ligero su tañido corre  
sin que veloz del ámbito le borre  
el largo resoplar del aura vana!

Y terrible es contar en la capilla  
los pasos de la nada roedora,  
y al doblegar la tímida rodilla  
ver los destellos de un blandón que brilla  
y oír el bronce funeral que llora.

Cuando la noche que acercó furtiva  
sus anchos pliegues de crespón desdobra

entre algazara que sonó festiva,  
triste es la voz pausada y fugitiva  
de una campana que los aires dobla.

Murmura estremecido el bronce lúgubre  
de envejecido torreón encima,  
y va su sombra el aquilón meciendo  
y sus perdidas notas dividiendo  
en otras notas de inacorde rima.

Sus voces cuenta el corazón herido  
que van cayendo cual ardientes gotas,  
el corazón las oye estremecido...  
y lleno de estupor bebe el oído  
de cada voz las inacordes notas.

Y cada nota al corazón le augura  
el porvenir que al ánima le espera,  
y cada voz al resbalar murmura  
revelación de amarga desventura  
que al aterrado corazón lacera.

Y la voz de un espíritu que vela  
encima el torreón agigantado  
y aquel ser de la torre centinela  
se ve empujar el bronce acompasado.

Une su canto que se extingue lento  
a la llorosa voz del negro coro,  
y canto y voces remedando el viento  
en el espacio rómpese violento  
¡sonando allí cual afligido lloro!

Del viento el lloro y de aquel ser el canto

en el cobarde corazón resuenan  
y despiertan la voz de su quebranto,  
y a pensamientos de dolor y llanto  
todo el pensar del ánima encadenan.

Por el aura caer se ven los años,  
en el aura morir se ven los siglos,  
y cuentan de la vida los amaños  
y del placer los negros desengaños  
de la torre en redor negros vestigios.

El raro ser se va acercando quedo  
y da pavora al corazón inerme,  
y extraviados los ojos por el miedo  
la sombra ven de un afilado dedo  
mientras señala la ciudad que duerme.

Ese tropel de apariciones locas,  
ese tropel de imágenes livianas  
que el gesto incita de calladas rocas  
y de capuces y de heladas tocas  
se visten al doblar de las campanas:

Ese tenaz espíritu maldito  
que allí aferrado la campana empuja  
y rasga el aire con agudo grito  
para anunciar que al ataúd bendito  
se va la vida cual fugaz burbuja:

Son de la noche fáciles creaciones  
y del pavor errados extravíos,  
que del bronce las sordas vibraciones  
al volar con los raudos aquilones  
¡van sobre techos levantando umbríos!

Son procesión extraña y silenciosa  
de espectros vanos que el ambiente anida,  
que divaga rodando pavorosa  
y en la cima fatídica se posa  
¡del capitel de la ciudad dormida!...

Y al esparcir sus corales  
los rayos matutinales  
en la flor y en los cristales  
de la fuente que brilló:  
fue más triste la campana  
que del aire soberana  
con la luz de la mañana  
más severa murmuró.

Sus sonos y sus lamentos  
propagados en los vientos  
cayeron lúgubres, lentos,  
présagos fueron de horror:  
la campana que lloraba  
cuando la Aurora rielaba  
una muerte recordaba  
de los vivos al dolor.

Al son del bronce que llora  
y a las luces de la Aurora,  
avanza y callada ora  
la pálida multitud:  
de un amigo que perdieron  
cuando la campana oyeron  
las cenizas escondieron  
¡en tristísimo ataúd!

Ya se replegó la noche...



el alba rompió su broche...  
y rodó lúgubre el coche  
entre luto funeral...  
en la noche reposaron  
y a su sueño se entregaron  
mas ¡ay! cuando despertaron  
el bronce dio la señal.

Y al resonar su querella,  
un rayo del alba bella  
pasó con lívida huella  
del muerto en la mustia faz:  
y le vieron sus hermanos  
entre los sonidos vanos  
grave, y cruzadas las manos  
dormir en profunda paz.

Y su féretro ciñeron...  
a la voz obedecieron  
de la campana que oyeron  
lánguidamente gemir:  
y si el alma distraída  
quedó en la ciudad perdida  
la campana estremecida  
la llamó con su plañir.

Y el alma dócil al grito  
del sordo bronce bendito  
olvidó un eco precito  
del estúpido placer:  
y con los ojos clavados  
en sepulcros enlutados  
vio tras ensueños pintados  
un recuerdo del no ser.

Del alba a la clara lumbre  
ya llegó la muchedumbre  
al lugar de la costumbre,  
morada a la muerte dio:  
¡oh! ¡distráida no vaga  
en esa morada aciaga!  
un recuerdo no le halaga  
de las dichas que gozó.

A la voz de la campana  
memoria no alza profana  
una saturnal liviana  
del mundo que goza allá:  
y del bronce a los plañidos  
pobres restos escondidos  
con ojos estremecidos  
¡mirando la turba está!

¡Miradles! Bajan la frente  
en actitud elocuente  
y acompañan lentamente  
de las campanas el son:  
en la mansión solitaria  
cae su voz funeraria  
llevando con su plegaria  
una voz de la oración.

¡Miradles!... sudario oscuro  
¡ciñe cadáver impuro!  
¡oh muy terrible y seguro  
el sueño del muerto es!  
no quedan así las horas  
de placer embriagadoras  
que del salón voladoras

huyeron ¡ay! cual los pies.

Y doblada la rodilla  
 con pavora que la humilla  
 suspira la turba, y brilla  
 en su rostro la piedad:  
 ¡ay!... el cadáver sombrío  
 desecará el tiempo impío,  
 y será esqueleto frío  
 ¡emblema de una verdad!

En esa frente severa  
 la vida no reverbera  
 y raída calavera  
 mañana será tal vez:  
 no quedará rostro vano  
 del que fue semblante humano  
 y brotará vil gusano  
 para devorar su tez.

¿Y qué hay más allá, Dios mío?  
 ¿muerto el humano atavío  
 queda un secreto sombrío  
 oh justo Dios, más allá?  
 ¿qué es, Señor, este secreto?  
 yo tu misterio respeto  
 mas leo en el esqueleto  
 que muy terrible será.

Eso todos comprendieron  
 lo que el féretro ciñeron,  
 que los sones lo dijeron  
 del bronce que murmuró:  
 ¡entonces brillaba el día!

mas la campana gemía  
y a cada voz que caía  
un pensamiento surgió.

Horroroso pensamiento  
exhalado en triste acento,  
en pavoroso lamento,  
en ayes de cruel dolor:  
al sollozar la campana  
parece gritar «¡mañana!»  
y la turba se amilana,  
se estremece de terror.

Encáranse en un instante  
con aterrado semblante,  
de la campana sonante  
la voz comprendieron ya:  
mañana ¡helado murmura  
su labio, y asoma oscura  
más allá una sepultura  
que abierta y vacía está.

¡O!... ¡será mañana el día!  
cada uno se decía  
cuando el sarcófago veía  
una víctima esperar:  
y pavora tan insana  
acrecía la campana  
¡repitiéndoles mañana!  
con su largo murmurar.

Y si olvidaron por flores  
de sus recuerdos traidores  
los religiosos clamores

que la campana arrancó:  
contemplaron con pavora  
la vacía sepultura  
que mañana ¡en su angostura  
tristísima repitió!

¡Bendita la voz pausada  
de la campana sagrada  
que resonó en la morada  
de los restos del mortal!  
bendito su leve acento  
que con su vago lamento  
dejó en las alas del viento  
una memoria fatal!

Al salir de aquel desierto  
la turba con paso incierto,  
con los recuerdos del muerto  
un pensamiento guardó:  
y a los vivientes salidos  
de festines maldecidos,  
con dolorosos gemidos  
¡la triste escena contó!

Bendita la voz pausada,  
de la campana sagrada  
que resonó en la morada  
de los restos del mortal!  
bendito su acento leve  
que dijo al deleite aleve  
de nuestra existencia breve  
un desengaño fatal.

Duerme la ciudad tranquila,

sombría está la ciudad,  
reposando fatigada  
de un hermoso carnaval.  
Ya pasó la muchedumbre  
con su risible disfraz,  
ya las risas del beodo  
el sueño vino a matar,  
que cansa el torpe deleite  
y es monótono su afán,  
y más cansa la memoria  
del deleite que se va.  
¡Ora la ciudad dormida  
reposa tranquila asaz!..  
¡mañana el remordimiento  
a despertarla vendrá  
nublando con su ceño  
el albor matutinal!  
Mañana al salir del sueño  
gozosos sonreirán  
cual si de nuevo los brazos  
¡les abriese su gozar!  
Y el son de la campana lúgubre  
en su oído caerá  
¡cual fallo de la justicia  
del vengador inmortal!..  
Mañana en piadosa lágrima  
el reír se trocará,  
¡y de los templos las puertas  
al pecador se abrirán!  
A cada acento del bronce,  
una memoria fugaz  
¡evocará en luto inmenso  
la imagen del carnaval!  
¡Mas hoy la ciudad reposa!

Ora duerme la ciudad  
¡envuelta en los trajes lúbricos  
que le dio la saturnal!  
Y en tanto que goza el sueño  
entre restos del disfraz  
que de sus goces mañana  
triste sudario será,  
óyense voces y risas  
en las calles resonar  
de los grupos soñolientos  
que más tarde dormirán.  
De su placer las caricias  
ansían aún renovar  
que les huyen sus deleites  
y los apura su afán!  
Mientras duerme en honda calma  
febricitante ciudad,  
traílla de viles beodos  
corriendo en las plazas va  
con importuna memoria  
su sueño para turbar...  
¿Por qué la vil muchedumbre  
tras un deleite fugaz  
viene con ese deleite  
la ciudad a despertar?  
¿Será bella o amarga  
la voz de la turba audaz  
para la ciudad que duerme  
en brazos de un Carnaval?  
mas... en los revueltos grupos  
¡hoy confundidos están  
los que ayer al son del bronce  
se vieron juntos llorar!  
el terrible pensamiento,

la voz de la eternidad  
¡en esos hombres sin alma  
calló sepultada ya!  
¡Ni se acordaron del muerto  
ni de su mansión fatal,  
ni del bronce que gemía  
invitándoles a orar!  
Oh!... se han visto a los reflejos  
de una hoguera y la ansiedad  
en asomo imperceptible  
pintóse en la mustia faz.  
Un recuerdo moribundo  
vino su goce a turbar,  
pero renació después  
más embriagado y tenaz,  
llevándolos en su vértigo  
en alas de un huracán:  
mas de repente se oyera  
tan plañidera llorar  
en la torre ensombrecida  
la voz del hueco metal,  
que tembló la muchedumbre  
presa de vivo pesar,  
¡y desgarró sollozando  
de su placer el disfraz!  
Con el son de la campana  
terrible una historia va,  
ella la imagen del muerto  
evoca en la oscuridad,  
la vacía sepultura  
que la muerte llenará,  
la calavera que el tiempo  
carcomida ha de dejar,  
¡la sombra, la sombra horrible



de enlutada eternidad!  
Y la muchedumbre helada  
de terror, lánzase ya  
hacia las puertas del templo  
que a la aurora se abrirá,  
ansiosos de verter lágrimas  
en las gradas del altar.  
¡Oh! ¡cómo tardan las horas,  
cuan lenta la aurora va!  
¿Por qué pasan los placeres  
con mayor velocidad?...  
allí aguardan en la aurora  
la tristísima señal  
de la penitencia amarga  
que sus culpas borraré.

¡Bendito sea, Dios mío,  
ese lamento fatal  
que sabe el bronce fatídico  
cuando suena, modular!  
¡bendito el son elocuente  
del misterioso metal  
que viene tan en buena hora  
horas bellas a turbar!

—SONETO.—El señor don Andrés Soler nos remite para su insercion el siguiente soneto que con el título de *Porvenir á la hermosura* dedica á su amigo don Luis Diaz y Montes.

SONETO.

Ves cual se mece en el pensil florido  
La gaya flor de púrpura bañada,  
Y en alas de la aurora sonrosada  
Radiante ostenta su carmin subido?  
¿Ves cual derrama esencia y colorido  
Impregnando la brisa regalada,  
Bella, pura, olorosa y matizada  
Por los rayos de Febo enrojecido?  
Limpia al mirarla destellando gloria  
Y abriendo el cáliz de fragancia lleno  
Que liba el aura en su incesante arrullo,  
Su hermosura no envidies transitoria  
Que rauda puede el huracan sin freno  
Secar sus hojas y abatir su orgullo.

Figura 1. Publicación de *Porvenir a la hermosura* en *El clamor público*.

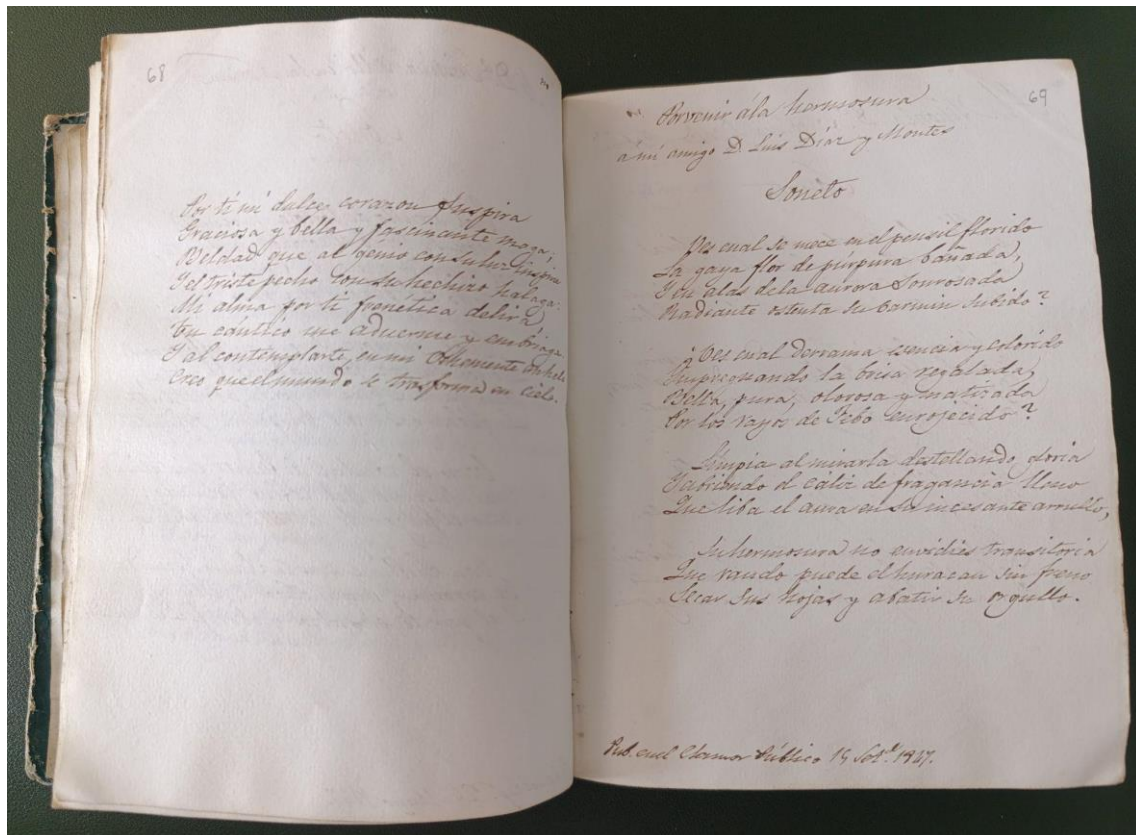


Figura 2. Manuscrito del poema *Porvenir a la hermosura*.

El *Diario de la Marina* anuncia la llegada á aquella ciudad, á bordo de la fragata *Hermosa Valenciana*, procedente de Cádiz, del señor don Andrés Soler, nombrado por S. M. comandante del real cuerpo de carabineros de la provincia de la Habana.

Figura 3. Noticia del señor don Andrés Soler.

—**NOMBRAMIENTO.**—Dicen que el señor Paz y Membiela ha sido nombrado jefe de carabineros de la Habana por muerte del señor Soler.

Figura 4. Presunta muerte de Andrés Soler.

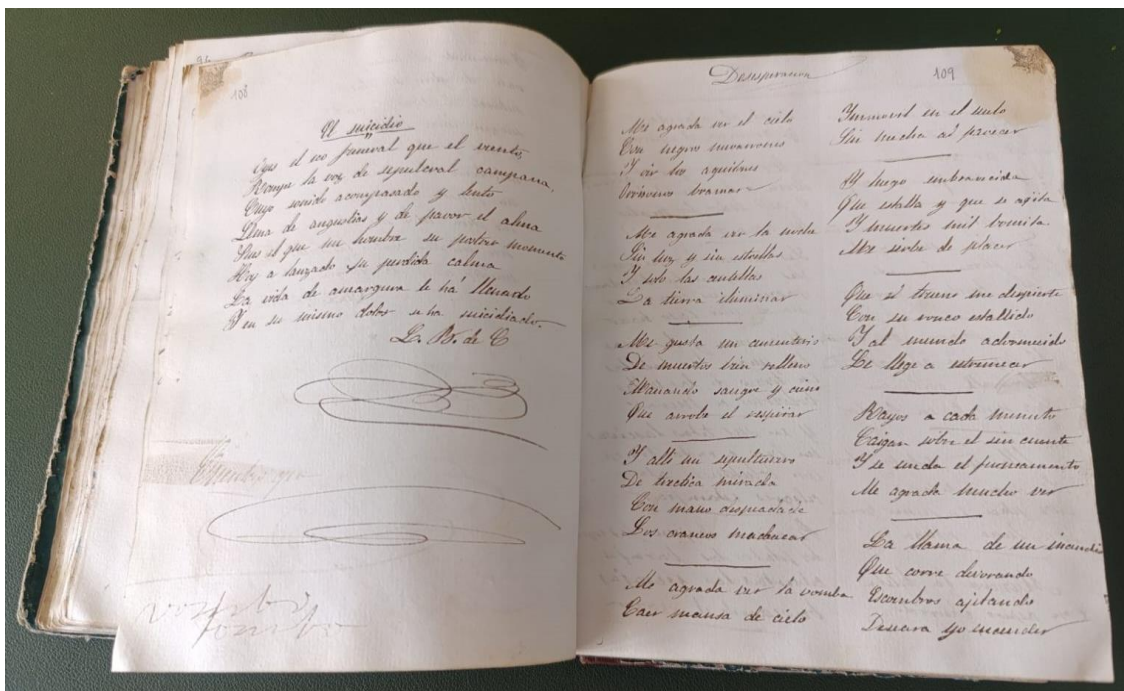


Figura 5. *Desesperación.*